

PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

JUNIO-JULIO
2026

EJEMPLAR GRATUITO





Revista *Por escrito* te invita a sus talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

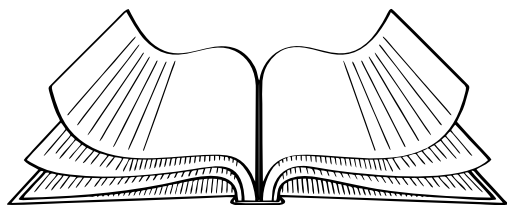
**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 62

www.porescrito.org

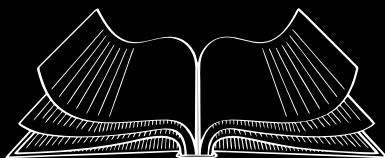




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Corrido del turista sorprendido</i> Cathy Maurer	7
<i>Conocer el hoy</i> Bryan Sánchez Méndez	8
<i>Sorbo a sorbo</i> Noemi Sastre de Diego	10
<i>Naves de papel</i> Manuel Jorge Carreón Perea	11
<i>Sin...</i> Gilberto Bustos A.	12

FIRMAS

<i>La hamaca</i> Cecilia Durán Mena	15
<i>Invasión de píxeles</i> Andrea Fischer	19
<i>Hacerse nuevo en el Laberinto: la persistencia de un signo sagrado</i> Fernando Montoya	22
<i>Interna</i> Itzayana San Germán Ceceña	27

IMAGINARIO

<i>Sin título</i> Santiago Hoyos	30
<i>Sin título</i> Santiago Hoyos	31
<i>Santuario de Nuestra Señora de Cabo Espichel, Sesimbra, Portugal</i> Carlos Henrique Batista da Costa	32

<i>Ruinas en Cabo Espichel, Sesimbra, Portugal</i> Carlos Henrique Batista da Costa	32
<i>Almar</i> Itzayana SGC	33
<i>Sin título</i> Santiago Hoyos	34
<i>Sin título</i> Ignacio Navarro	36
<i>Sin título</i> Ignacio Navarro	37

VOCES

<i>Lo que preocupa, ocupa</i> María Isabel Ramos-Abascal	38
<i>Plato</i> Liliv RL.....	41
<i>31 de diciembre</i> Manuel Jorge Carreón Perea	42
<i>El ojo en el cielo</i> Simona Galdina.....	46
<i>No se necesita doctorado</i> Sara Gabriela Laris Villamil	47
<i>Pompas de jabón</i> Denzil Garteiz	49
<i>Jugada Pendiente</i> Kevin Cotter Murillo.....	52
<i>Manzana: fruto polifacético y poderoso</i> Jorge Quevedo	56

PALABREJA

<i>Acocote</i> Cecilia Durán Mena	61
--	----

Hablando por escrito

Imagino que, desde el inicio de los tiempos, los seres humanos hemos sentido curiosidad por nuestro reflejo. No es casualidad que las artes nos hayan servido de espejos que permitan ver partes de nosotros mismos que de otra forma no habríamos podido descubrir. El lenguaje escrito nos ha ayudado a satisfacer esa curiosidad. Leer nos ha servido como esa superficie de agua quieta en la que nos podemos ver, una página puede ser como un metal pulido, un texto se asemeja a una piedra brillante que nos revela una imagen de nosotros mismos y nos maravilla.

En Pretextos Literarios Por Escrito creemos que nuestras páginas funcionan así, son como esa luz que incide y rebota para devolvernos una imagen, una sensación o un sentimiento que resuena en nuestro ser y nos revela algo de nosotros mismos. Es la palabra y ese efecto simbólico que nos ayuda a comprender nuestra identidad.

En estas páginas queremos ofrecer ese espejo a través de un dibujo, una fotografía que pueda servir de estanque, ventana, *doppelgänger* para explorar lo que somos más allá de lo visible. Espejos que no reflejan únicamente un rostro, sino una historia, una culpa, un deseo o un miedo, que los personajes no siempre están dispuestos a reconocer y que nos representan perfectamente como seres humanos. También, ¿por qué no?, un motivo de risa, un suspiro, un recuerdo que nos pongan frente a nuestros y nos hagan reconocernos en aspectos que tal vez no sabíamos que habitaban dentro de nosotros.

También, tenemos novedades. En esta edición, iniciaremos con un nuevo apartado en la revista. La hemos llamado Palabreja. La dedicaremos a esas palabras que están a punto de ser olvidadas, que van cayendo en el desuso, que van camino a convertirse en algún tipo de modismo. Al ser una revista mexicana, nos interesa darles espacio a nuestros mexicanismos, a palabras naturalizadas desde nuestro territorio y que forman parte de nuestra lexicografía.

Sí, porque en esta revista nos gusta rescatar palabras, honrarlas y, sobre todo, usarlas. La nueva sección Palabreja intenta ser una especie de regalo dentro de otro regalo que es esta revista. Lo es porque es posible que jamás hayamos escuchado ese vocablo, que nunca lo

hayamos leído y que sea la primera vez que la conozcamos. Sí, esa primera vez que aviva nuestra curiosidad. La ofrecemos para que la conozcas, la reconozcas y la hagas tuya.

Palabreja es una provocación y también una invitación. Es tomar el reto de incorporarla a nuestro corpus lingüístico e intentar usarla. Rescatarla del olvido, sacarla de los cajones del desuso al que la condenó la Real Academia de la Lengua Española y en un acto de rebeldía, darle vida. Tal vez, esa palabreja sea un reflejo que nos revele algo de nosotros mismos. ¿Te atreves a tomar el reto?

La editora general

Corrido del turista sorprendido

Cathy Maurer

Aquí comienza la historia
de una **corona**, de un rey,
Y un guerrero con su **yelmo**
que siempre cumplió la ley

Pieza de rompecabezas,
eso parecía su lar
Para tener buena vista
y al enemigo ahuyentar

Un **cangrejo** que habitaba
en el puente levadizo
Tomó como su vivienda
el húmedo cobertizo

La **lluvia** siempre presente,
la **semilla** germinó,
Y esa planta creció tanto
que al castillo protegió

Un turista sorprendido
por la pared vegetal
Tomó una foto instantánea
y le salió más que mal.

Decidió cortar las ramas
que le impedían la visión,
Sacó de su **alforja** un **hacha**
para cumplir su misión.

Su trabajo terminado,
cámara en mano tomó,
Otra foto como premio,
por lo que él solo logró.

Así termina el corrido
de un lugar excepcional
Que, si buscas conocerlo,
seguro te va fatal.



Ilustración por Brenda Terán

Conocer el hoy

Bryan Sánchez Méndez

En una nube está escrita la eternidad.

Hay sombras con caricias maternas.

El viento eleva las emociones hasta
los astros.

Mi sangre cosecha la banalidad
del mañana.

Los firmes cimientos que sostienen
cada microsistema identitario, han
de continuar una labor generacional.

Muchas almas se regocijan al hablar
con multitudes, otras se ahogan
en el silencio que proviene de sus huesos.

Cada hoja marchita sobre nuestro
indiferente camino esconde los
sollozos paternos, que tanto
ansiaban escuchar las infancias
abandonadas.



Todo corazón es un abismo donde
la vida y la muerte danzan para
nombrar el futuro, mientras la
historia humana permanece
atrapada en un presente que se
resiste a desmitificar los rostros
del pasado.

Con la llegada del amanecer podremos
entender el origen de la tierra, y viajar
desde el interior hasta que las voces
dejen de lamentarse; por eso
este universo nace del parpadeo
de nuestros ancestros...

Para poder morir con la totalidad.

Sorbo a sorbo

Noemi Sastre de Diego

Es jueves. Aun siéndolo,
disfruto mi segundo desayuno
como si fuera un domingo cualquiera.
Como si el tiempo pudiera quedar abstraído
Degustando a sorbos el minuterio del reloj.
Como si la mañana no tuviera prisa
por alcanzar el mediodía
recreándose contemplativa con el trinar de los pájaros.
Hoy es jueves -pudiera ser marzo-.
Pudiera estar despertando en la eclosión de la vida,
despabilándome perturbada
queriendo reconocer con los sentidos
el nombre de todas las cosas.
Un marzo prometedor colmado de posibilidades
en una primavera sin edad medianera.
Hoy me asomo a través del espejo
del correr de los años y me develo,
sorbo a sorbo, saboreando el día
sin apremio, deteniéndome en la pausa
del aliento confiado de quien renuncia
a mil amaneceres furtivos
por un atardecer embelesado.



Ilustración por Mar de Agujas

Naves de papel

Manuel Jorge Carreón Perea

Para Carla Elena

Me obsesiona digitar tu nombre,
en la vieja Olivetti de Jack.
Odio poner a crédito mis palabras,
las que incrusto en los mapas sin cartógrafo.

Barcos de papel surcan un océano aceitado,
lo navegan inocentes soldaditos de plomo,
con mapas sin contorno
y que ignoran que la tierra es redonda.

Tu existencia, incierta en la madrugada,
refleja los rayos del sol sobre la cama,
como signos de mi error,
que gritan hasta dejarme sordo.

La noche, en Valparaíso, es un papel carbón
que cada mañana dibuja un camino,
a través del océano interminable.

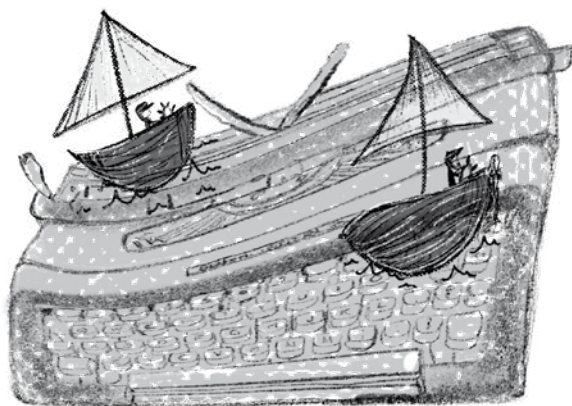


Ilustración por Mar de Agujas

Sin...

Gilberto Bustos A.



Su cuerpo yacía fundido en el patio florido de Moros, sin darse cuenta de que las dulces fragancias de las amapolas que un día Morfeo regó se desvanecían en el aire, al igual que su endémica memoria.

Imposible de olvidar el año de su nacimiento. ¿Quién no recuerda el asesinato de Gaitán, de Gandhi? ¿La independencia de Israel?

1948. 49, 50... 64... 65... 66...

Montaraz. Coo-cooo coo-coo-coo

Paujil. Huuú... huuú... huuú...

Tolima. Huila. Tolimense.

San Antonio. Sanantoniano.

Santa Isabel. Santaisabelino.

Chaparral. Chaparraluno.

No... No. N O y ¡Nooooooooo!

... entonces comprendió: sabía que, si despertaba de su letárgica ensoñación, no volvería a soñar. Nunca más. Jamás. Jamás.

72... 73... 74...Bogotá...

La María...

Seis... NO. Siete. Seis. ¡Sí! seis... $6+2=8$. —Sí ocho.
8

Lucero... alto...

Lucero... bajo...

8 0... 9 0... 2mil... 10... 18...

...no se percató de que las aguas blanquecinas con las que regaba los floridos jardines fluían del Lete, las aguas que poco a poco fue bebiendo en uno de sus intrépidos viajes acompañado del viejo Caronte. Quienes lo conocieron dicen que lo vieron sentado en la



barca contemplando absorto las coloridas praderas; otros dicen que hacia coronas de humo mientras el sol se fundía en el horizonte.

Dos mil Beinte.

dos mil veinti u no

DOS mil veinti5...

Dos mil diez y nueve... dosmil 24...

¿Sí?

—No... —SÍ. —NO... NO...

—¿Cómo? —¿Así? Ummmm. —¿No sé?.....

¿Sí?

Tictac... tictac... 1:00 a.m. tic... tac... Dos a.m. Cero tres a.m.

.....

entre orquídeas y rosas la vieja barca zarpó en un viaje sin regreso,
naufragando en el
mar infinito de su memoria.

Sin mirar atrás...

Sin reparar en el pasado...

Sin su presente...

Sin las melodías matutinas...

Sin las coronas de humo...

Sin el último ósculo ZZZZZ... ZZZZZ... ZZZZ... ZZZ... Z...

Sin

Sin

Sin...



Ilustraciones por A.T.G.

A woman with blonde hair is shown in a yoga pose, specifically a side plank or a variation of it, with her arms extended and her head tilted down. The image is in grayscale and serves as the background for the text.

BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga

La hamaca

Cecilia Durán Mena

Es la segunda vez que tengo una caída severa en menos de un año. Dicen que antes de un accidente, uno tiene ciertas señales de alerta: un crujido, una luz, un aroma, un pinchazo que te advierta que algo va a pasar. Mentiras. En ninguno de los dos casos tuve el más mínimo aviso de lo que me iba a suceder. Por lo tanto, la confusión es total y absolutamente arrebataadora. La vivo como si tuviera una pérdida de la función cerebral momentánea.

La mañana avanzaba lenta y alegre con renovado placer en la Bahía de Santa Lucía en el hermoso puerto de Acapulco. Con pasos lentos y cautivada por la felicidad que me da estar de vacaciones en mi lugar favorito del mundo, subo a mi hamaca —sobre la que me he mecido durante más de veinte años y en la que confío con fe absoluta— acompañada de un libro que me lleva a pasear por las calles laberínticas de la antigua ciudad de Samarcanda.

Recorro los renglones que me revelan los rincones de esa ciudad desconocida. Puedo ver las construcciones hechas de ladrillos cocidos, las formas de sus bóvedas, cúpulas y muros. También, veo los azulejos y cerámica vidriada que adornan las fachadas y los minaretes. Admiro los mosaicos y mayólicas en tonos azul turquesa y dorados. Entro en la descripción del olor a pan recién horneado que se cuece a fuego lento y casi puedo tocar los cántaros que contienen vino color granate. Puedo ver sin pudor a los hombres que caminan por esos callejones: usan turbantes y barbas largas, su piel es morena y los ojos de un negro acerado que intimida. Es la primera vez que leo algo sobre esa ciudad que fue punto clave en la Ruta de la Seda, o quizá ya sabía algo de Samarcanda, pero de la pluma de otro autor.

Sigo los pasos del protagonista de esta historia que desde los primeros renglones ya se metió en un problema. Se involucró en una gresca por defender a un borracho que pasó de la temeridad a la demencia, se le veía errar en harapos, tambaleándose y voceando locuras. Los chiquillos se reían de él y los maldosos le daban palmadas en la espalda, le lanzaban piedritas y se carcajaban de tal modo que le arrancaban las lágrimas.

Omar, el protagonista, no puede dejar pasar semejante oprobio. ¡Dejen en paz a este desgraciado!, les grita. Si no tienen cuidado, pueden acabar como esta piltrafa. Piltrafa es la palabra que utiliza el autor y a mí me parece muy dura. No obstante, estoy de acuerdo en que no es la embriaguez lo que más hay que temer sino la pérdida de la respetabilidad: es la demencia, la falta de control sobre uno mismo. Es la decadencia. Pero el cabecilla de los maldosos le planta cara a Omar, el protagonista. Este hombre es un borracho, le grita y escupe al suelo.

Deja ya a ese anciano, es un hombre que carga sobre su sombra un vicio. ¿No ves que apenas puede mover los labios? El cabecilla empuja la cabeza y de un salto golpea en la barbilla a Omar, el protagonista, al tiempo que la hamaca se desploma y me estrello contra el suelo. El impacto da duro contra la espalda baja, la curva craneal que forma el occipital y la sutura lambdoidea. Estoy tan confundida que siento que las ideas se me desparraman por una nueva fontanela posterior y no tengo la más remota idea de qué es lo que pasó.

El reloj que traigo puesto y que parece más inteligente que yo empieza a sonar, vibra y en la pantalla aparece una alerta que yo no entiendo. Como no respondo en treinta segundos —porque apenas me estoy dando cuenta de que la cuerda de la hamaca se destejió y por eso me caí— el aparato emite un aviso a mis contactos de emergencia y al 911 porque no cancelé la cuenta atrás. En esos momentos, no tenía la más mínima idea de cómo hacer eso, no sabía que tenía activado ese servicio.

Mi hija recibe la primera alerta y corre a mi lado a ver qué fue lo que pasó. En la pantalla de mi reloj aparece un aviso: *Parece que sufriste una caída fuerte* y se ve un ícono rojo que dice SOS. Debajo hay otro aviso. No lo alcancé a oprimir.

—No te muevas —me ordena mi hija. Yo estoy como una tabla tirada en el piso—. ¿Estás bien?

No alcanzo a responder, las llamadas empiezan a aglomerarse en mi celular. Mi marido, que estaba en la regadera, sale enrollado en una toalla blanca gritando: Tu mamá tuvo un accidente. Yo oigo todo a la lejanía y me pregunto de quién estarán hablando. El libro quedó sobre mi pecho. No te muevas, me repiten. ¿Estás bien? Muevo la cabeza de izquierda a derecha y digo que sí, que creo que sí. ¿Qué pasó? No sé. ¿Quieres que conteste las llamadas? Mejor, apaga el teléfono.

Demasiado tarde, mi reloj ya había tomado decisiones.

Mandó mensajes a los servicios de emergencia vía satélite y por Wifi. Mi hija toma el control.

—Sí, perdón, se inició una llamada, pero parece que no hay una emergencia, parece que no necesitamos ayuda—. Finaliza la llamada en el momento en el que se escucha la sirena de una ambulancia llegar a la casa.

Los paramédicos entran y mi marido los lleva al lugar de los hechos sosteniéndose la toalla para que no vaya a quedar todo expuesto. Yo sigo sobre la hamaca que está tirada en el suelo. ¿Me escucha? ¿Puede abrir los ojos? Los tengo abiertos. ¿Cómo se llama? ¿Qué día es hoy? ¿Sabe dónde estamos? ¿Le duele algo? ¿Dónde le duele? Trato de responder a las preguntas, pero el muchachito que me está cuestionando está más nervioso que mi marido y que mi hija. Siento todo el cuerpo adormecido, me duele el triángulo lumbar que va de la cintura al coxis. No sé por qué se me ocurrió denominarlo un triángulo, pero veo que le hace gracia al paramédico. ¿Puede mover las piernas? Las muevo. Me giran sobre el costado derecho y me piden que intente levantarme. Lo logro.

La mirada se pierde en la profundidad de las vistas de la Bahía de Santa Lucía. Algo anda mal y lo sé. Solo yo lo sé. El Farallón del Obispo se movió de lugar, está ligeramente ubicado más a la izquierda. También se desplazó el cerro de Guitarrón, se hizo más a la derecha. Los hoteles están un poco más separados. El parachute vuela unos metros más alto y las nubes algodónadas están un poco más a mi alcance.

—¿Está bien, madrecita?

En un instante, todo vuelve a su lugar. Las nubes se suben, los parachutes bajan, el farallón y el cerro ocupan su espacio habitual y a mí me dan ganas de que el paramédico reciba el mismo golpe en la barbilla que recibió Omar el protagonista, pero no me atrevo a levantar el puño. Quizás no puedo o no sé cómo hacerlo. No me diga madrecita. Agacho la cabeza, respiro profundo y meto en los pulmones todo el aire con olor a sal que puedo. Mi marido acompaña al paramédico a la puerta, mi hija sigue contestando las llamadas de mis contactos de emergencia —yo ni sabía que tenía tantos ni que había activado ese servicio, parece que es algo automático—.

Miro el lazo roto, la hamaca sigue en el suelo. Alzo los ojos al cielo. Una nube en forma de medialuna acaba de ocultar el sol. Paseo la mirada por los reflejos de la alberca, por el azul profundo

del mar, por este lugar de ensueño y decido seguir de pie. Mi marido está parado frente a mí, junto a mi hija. Los dos están reprimiendo una carcajada. Me siento un poco como el anciano al que Omar, el protagonista, defendió en las calles de Samarcanda. Me pregunto cuándo podré volver a subirme a la hamaca.



Ilustración por Mar de Agujas

Invasión de pixeles

Andrea Fischer

Empezar en las calles: abandonar la Escuela de Bellas Artes de París para probar suerte a la intemperie, solo. Empezar desde el rechazo: muchas galerías y museos se aferran aún hoy a la idea del arte sublime, sin ver lo que acontece en el exterior. Empezar con nada: mosaicos policromados de cerámica, cemento y una idea que alguien más gestó en los años 80. Empezar tomando la creación de otra persona: reinterpretarla, hacerla propia, aprovechar que ya forma parte de la cultura popular. Pensar en pixeles. Pensar en grande. Pensar en intervenir el entorno. Pensar en sorprender a la gente que camina. Pensar actual.

Tal vez fue demasiado atrevido extraer los personajes del videojuego de Taito para llevarlos a las paredes de París. Y no solo eso, sino que hacerlo sin el consentimiento de su creador original. Space Invader —como se hace llamar a sí mismo después de 2004 o, sencillamente, Invader— tomó muchos riesgos con su propuesta artística: no solamente tiene un elemento de ilegalidad, inherente de por sí en todo el arte urbano, al intervenir sin permiso las propiedades ajenas, sino que utilizó los personajes de un videojuego ya establecido en el imaginario colectivo —y patentado— como pilares de su desarrollo artístico.

Por primera vez se supo de él en la década de los 90. Sin embargo, alcanzó niveles de popularidad importantes después de figurar como una propuesta artística seria en *Exit Through the Gift Shop*, el documental que Banksy lanzó en 2010, a propósito de sus propias consideraciones sobre el arte urbano en general. Esta fue la salida que Invader necesitaba: no solamente subió al estrellato con el apadrinamiento de la figura titánica de Banksy, sino que su nombre tuvo una resonancia importante. A partir del documental, la gente empezó a buscarlo en las redes sociales, y la interacción por internet le dio presencia en la cultura popular; subían fotos y videos a diferentes plataformas en las que su obra aparecía y, de pronto, Invader se convirtió en un ícono de las calles.

Como sucede de manera natural en el arte urbano, muchas de las obras plasmadas en las calles tienen un tiempo de vida determinado. Son varios los factores que establecen el espacio de tiempo en el que

una obra de este estilo permanece impoluta y reluciente: puede ser que alguien más llegue a intervenirla, que los escurrimientos del drenaje del edificio acaben con ella poco a poco, que la publicidad callejera la esconda, o sencillamente que a los dueños de la pared no les parezca una intervención del estilo en su propiedad. Sin embargo, esto también forma parte de las dinámicas del arte urbano: es efímero, evoluciona, se transforma y casi siempre ocurre sin el consentimiento de nadie. Invader aprovecha todas estas características y las usa a su favor, para que cada una de sus piezas sea menos perecedera.

La estrategia es la siguiente: Invader trabaja desde el anonimato, como parte del concepto general del arte urbano. Si bien tiene un nombre reconocible para que la gente pueda distinguirlo en las calles, su rostro permanece oculto a las masas, para perpetuar dicha imagen de artista urbano. Además, prefiere trabajar de madrugada para que a la mañana siguiente, la pieza que fabricó sorprenda a la gente al encontrársela. En el ámbito práctico, se organiza para ir de ciudad en ciudad para invadirlas durante la noche, con una táctica sencilla: utiliza cemento y mosaicos de cerámica de diferentes colores, pues contribuyen a la idea de hacer obras que parezcan combinaciones de píxeles. Por último, en lo que a los personajes se refiere, utiliza la imagen constante de los extraterrestres para seguir la línea de su propuesta creativa, pero nunca crea una obra igual: cada uno es único e irrepetible, pensado exclusivamente para el lugar que ocupa, y nada más.

Además, el proyecto tiene un constructo conceptual sobre sí. Ya con un número de seguidores considerable en sus cuentas de Instagram y Facebook, Invader aprovechó la acepción que sus personajes ya tenían en el imaginario colectivo: alienígenas que tienen como objetivo invadir el planeta. Es por esto que la idea detrás de cada pieza es concretar una invasión a cada ciudad que visita, creando así una misma pieza de instalación mundial, que se expresa a lo largo de todas las locaciones en las que Invader ha intervenido. Sin embargo, la interacción con sus seguidores no se reduce únicamente a subir contenido gráfico a las redes sociales, sino que hace de todo su proyecto un juego: a cada pieza que instala le da un puntaje, que va de 10 a 100, para tener un score final para cada ciudad.

El juego no termina ahí. Invader ha sabido hacer crecer la personalidad de sus creaciones al punto en que ya no se trata de una única

invasión a cada ciudad, sino de olas de invasiones, que corresponden a las veces que visita cada punto geográfico. Es así como ha poblado las calles de más de sesenta y cinco ciudades en todo el mundo, entre las que destacan París, Hong Kong, Nueva York y Marruecos. La invasión se extiende ya a lo largo de treinta y tres países diferentes. Es así como Invader concreta su faceta de UFA: *Unidentified Free Artist*, o por su traducción en español, Artista Libre No-identificado. Una vez más, hace suyo el concepto de UFO y su proyecto de instalación mundial tiene una perspectiva más desde donde apreciarse.

Ha sido encarcelado dos veces, se ha metido en problemas con los gobiernos de diferentes países y sus obras han sido removidas de diferentes lugares. Sin embargo, y para el pesar de las autoridades más conservadoras, la obra de Invader gusta, y gusta mucho. La gente disfruta de encontrarse en la calle con esos personajes simpáticos, que están adaptados al lugar y al espacio en donde se encuentran. Es así como en Versalles hay alienígenas con coronas, y en Marruecos hay camellos pixelados. A pesar de los varios inconvenientes del arte urbano, Invader logra su cometido: descontextualizar el arte y hacerlo más propio de la gente, al llevárselo al entorno en donde se desarrollan normalmente y sacarlo de las instituciones convencionales. A fin de cuentas, de acuerdo con su filosofía, se trata de interactuar con el público de una manera más libre, espontánea y real. La invasión continúa.



Hacerse nuevo en el Laberinto: la persistencia de un signo sagrado

Fernando Montoya

“El estremecimiento es la mejor parte de la humanidad”, escribió Goethe en su obra *Fausto*, para recordarnos que la verdadera percepción del mundo se afianza cuando nos permitimos ser turbados por lo que nos supera. Esta turbación puede hallarse en su forma más perfecta a través del laberinto: esa estructura de revueltas tortuosas y meandros sin salida que representa el reino de la muerte. Se trata de un mito universal que parece haber sido diseñado para inculcar en nuestra memoria el peligro del tránsito hacia el otro plano, funcionando como una advertencia grabada en nuestra psique sobre el riesgo que asume quien no ha tenido el cuidado de aprenderse el camino.

Karl Kerényi (*Sobre el laberinto*, Siruela, 2006) propone dejar de ver el laberinto como un simple edificio de piedra y empezar a entenderlo como un movimiento del cuerpo: una danza viva. Al analizar la geranos (la danza griega de las grullas), el autor descubre que el laberinto es, en realidad, un ritmo que imita el camino de la vida y el paso hacia lo desconocido. En esta visión, el laberinto deja de ser una trampa peligrosa para transformarse en una “técnica de vida”. Un mapa que nos guía a través de giros y repeticiones, permitiéndonos entrar en contacto con lo sagrado y lo misterioso sin perdernos en el caos o la confusión. Esta danza representa una necesidad física de inscribir en el espacio lo que la mente no alcanza a comprender: la certeza de que para avanzar es preciso, paradójicamente, retroceder y girar sobre el propio eje.

La noción de “iniciación itinerante” revela que la existencia humana consiste en una práctica constante frente a la muerte y los peligros que habitan en lo desconocido. Quien recorre este sendero asume la misión de superar a los guardianes del umbral y a la serpiente enroscada que custodia el acceso a las profundidades del ser. Mircea Eliade (*El mito del eterno retorno*, Alianza, 2023) interpretaba este diseño como una geografía sagrada que protege un centro de poder mediante una defensa mágica, la cual demanda una transformación total de cada persona que decide cruzar sus límites. Bajo esta perspectiva, el camino más extenso es el único que conduce a la plenitud, pues los giros sobre el propio eje

son los que verdaderamente permiten alcanzar el núcleo de los misterios. Así, la longitud del trayecto deja de ser un castigo para convertirse en el periodo indispensable donde cada cual abandona su identidad anterior, preparándose para la revelación que aguarda en el centro de esa geografía sagrada.

A pesar de que en épocas, como la nuestra, el signo laberíntico parece haberse desacralizado en formas de puro juego —como los trazados en papel o los jardines ornamentales—, persiste en el fondo la sospecha de algo irresuelto y profundo. La vitalidad de este símbolo depende de su capacidad de concentrar una elevada cantidad de experiencias misteriosas que oscilan entre lo colosal y lo sublime, actuando directamente sobre las fuerzas que representa. El laberinto, pues, sobrevive con insistencia en las imágenes de los poetas y escritores porque responde a fantasías ligadas al curso de nuestra propia vida emotiva, física y espiritual. No es una coincidencia que, en momentos de crisis existencial, la imagen del laberinto emerja con fuerza renovada en el arte, pues su diseño ofrece una forma visual al caos interno, permitiendo que lo inefable adquiera una geometría que, aunque compleja, es transitable.



En esta misma estela literaria, Sor Juana Inés de la Cruz eleva el laberinto a una dimensión donde el intelecto se convierte en el propio Minotauro y en su propio Teseo redentor. Para la Décima Musa, el laberinto no es solo un escenario mitológico (como bien plasmó en su comedia *Amor es más laberinto*) sino la estructura misma del pensamiento que intenta abarcar la infinitud del cosmos. En su *Primero Sueño*, el alma se pierde en una “piramidal” escala de conceptos que se enredan y se oscurecen, demostrando que el conocimiento humano es, en sí mismo, un trayecto laberíntico donde la razón debe avanzar a ciegas, reconociendo su propia limitación frente a la vastedad de lo creado. Sor Juana nos advierte que el deseo de saber es el hilo de Ariadna más frágil, pues la mente, en su afán de luz, suele quedar atrapada en los propios meandros de su discurso, convirtiendo el acto de pensar en una danza solitaria y febril que busca un centro que siempre parece desplazarse.

Para el viajero que se interna en estas grutas, la meta reside en alcanzar el centro para cumplir la iluminación, pero el verdadero contenido de la iniciación es la necesidad de salir y volver al mundo exterior para experimentar un nuevo nacimiento. Paolo Santarcangeli (*El libro de los laberintos*, Siruela, 2002) comprendía que este proceso es insoslayable para que surja el ser nuevo, ese yo que se afirma a lo largo de un viaje donde los obstáculos más arduos son los que garantizan la adquisición de una nueva conciencia. El laberinto es doble por naturaleza: sus pasillos evocan las torturas del infierno pero, paralelamente, trazan la ruta posible hacia la plenitud. Quien recorre el laberinto no es el mismo que aquel que entró: la fatiga del camino y la incertidumbre de los giros han cincelado una nueva identidad que solo puede ser reclamada una vez que se ha vuelto a ver la luz del día desde una perspectiva transformada.

Umberto Eco (*De los espejos y otros ensayos*, Debolsillo, 2012) advirtió que, en el mundo moderno, el laberinto ha mutado hacia la forma de una red infinita que carece de un centro definido, lo que nos obliga a recuperar el hilo y el ritmo que Kerényi tanto defendía. Esta nueva estructura, conocida como rizoma, nos enfrenta a una angustia diferente: habitamos un espacio donde cualquier punto se conecta con otro, diluye así la idea de avanzar hacia una meta clara. Ante esta red sin límites, la danza de Kerényi resulta indispensable, pues funciona como una brújula en una época que ha sustituido el rito por la simple acumulación de información. La existencia no sigue una línea recta, se despliega como espiral que regresa al origen para situarnos frente a nuestros propios límites y la capacidad de conectar con lo trascendente.

El laberinto sigue siendo el rastro visible de nuestra necesidad de dar forma al misterio, un esquema gráfico que está grabado en nuestra psicología como algo autónomo y vital. A menudo, la vida nos sitúa en encrucijadas que parecen no tener sentido, momentos donde la repetición de los mismos errores nos hace sentir atrapados en un círculo estéril, pero la lección del laberinto es que esa repetición es, en realidad, un ascenso. Cada vez que volvemos al mismo punto

de la espiral, lo hacemos con una altura distinta, con una visión que ha sido enriquecida por el tramo anterior del viaje. Así, el laberinto se convierte en el lenguaje del alma que busca comprender su propio desarrollo, una verdad de fe que se impone como un estudio iconológico de nuestra propia historia.

La literatura ha hecho del laberinto su morada predilecta, convirtiendo el acto de narrar en un ejercicio de extravío y hallazgo. Quien escribe asume la tarea de diseñar el camino, mientras que quien lee se convierte en el ser iniciado que, al seguir el hilo de la prosa, se debe enfrentar a sus propios monstruos en el silencio de la página. El texto funciona como un laberinto de palabras donde la claridad surge en los márgenes, en esos instantes de conmoción donde la palabra resuena en la profundidad de la propia conciencia.

La danza circular hacia el laberinto, en busca de la perfección a través de la fatiga del camino, encuentra su espejo más inquietante en *La casa de Asterión* de Jorge Luis Borges, donde aquel espacio repetitivo se vuelve el mundo entero para su habitante. Mientras Kerényi nos habla de la vitalidad del movimiento y de la esperanza del retorno, Borges nos presenta a un Asterión que ha convertido el laberinto en su única realidad, un espacio donde la soledad se multiplica en infinitos pasillos y puertas abiertas que no conducen a ninguna parte.

La genialidad de Borges alcanza su punto más alto cuando el hilo de Ariadna deja de ser una guía de seda para manifestarse como el filo del acero. En ese instante, se revela que la salida del laberinto trasciende cualquier retorno a lo cotidiano; es, en realidad, la entrega silenciosa a una quietud absoluta. Asterión no ofrece resistencia alguna frente al golpe de Teseo, pues habita la lucidez de quien comprende que su liberación no depende de cruzar un umbral físico, sino de disolver, mediante la muerte, los muros que lo separan del resto del mundo. El centro del laberinto se revela así como el lugar del sacrificio donde la identidad se funde con el olvido. Su final nos muestra la verdad última que Kerényi vislumbraba en la danza: que el centro del laberinto es el lugar donde el ser, agotado por los giros del tiempo y

cansado de la carga de su propia existencia, encuentra por fin la paz definitiva en el silencio de la nada. El laberinto, que comenzó como un rito de vida y movimiento, concluye en Asterión como una oración por el descanso, recordándonos que lo que nos aguarda es la serena disolución de nuestro propio nombre.



Ilustraciones por Elie

Interna

Itzayana San Germán Cecaña

Es el mar y sus corrientes
contradictorias.

El constante ruido de sus olas
empujando a la orilla
arena de mente.

Evadiéndote, alejándote
y en su misterio, atrayéndote.

provoca

Ese reto,
el misterio detrás de algún anhelo.
la seducción de estar,
enfrentar cada ola
dejando los miedos espumar.

Absorto en la belleza de su azul,
en la fuerza incontrolable,
en su profundidad de ser
Peleas y deseo
por conocerla aún.

Así sea su peligro y profundidad
que no veo
susurra el privilegio: ve y sumérgete
te espero...

Justo ahí donde el agua se reversa
y en la marea de volver no hay manera
Te ha tomado en su corriente

interna.



FLOR DE ARAÑUELA

CECILIA DURÁN MENA



UNA IGLESIA, UNA FAMILIA Y UN
PASADO QUE NO DEBE SER
REVELADO.

ESCANEA EL CÓDIGO Y
SIGUE LA HISTORIA ...





REFLEJO EN LA ALBERCA

CECILIA DURÁN MENA

EPISODIO 1

EVA, SIEMPRE EN MEDIO

EVA SIEMPRE HA SIDO
PERSEGUIDA POR LA FANTASÍA
HASTA QUE REGRESA A LA
REALIDAD.



ESCANEA EL CÓDIGO Y
SIGUE LA HISTORIA ...



Sin título, Santiago Hoyos



Sin título, Santiago Hoyos



Santuario de Nuestra Señora de Cabo Espichel, Sesimbra, Portugal; Carlos Henrique Batista da Costa



Ruinas en Cabo Espichel, Sesimbra, Portugal; Carlos Henrique Batista da Costa



Almar, Itzayana SGC

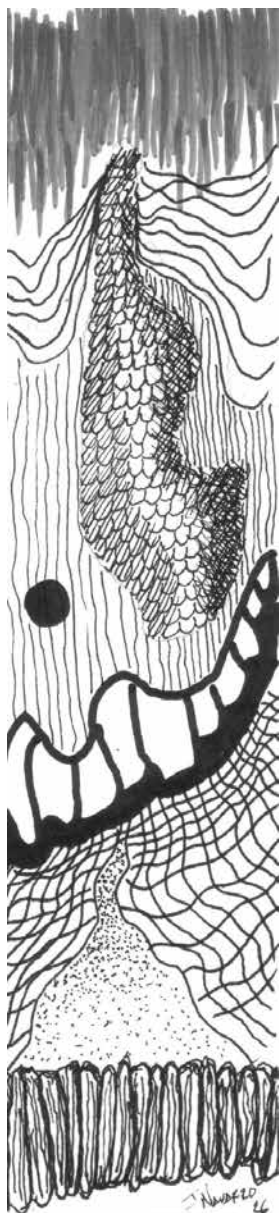




Sin título, Santiago Hoyos



Sin título, Ignacio Navarro



Sin título, Ignacio Navarro

Lo que preocupa, ocupa

María Isabel Ramos-Abascal

Hoy es un día importante para mí: he iniciado un curso de Escritura creativa. De entre las instrucciones recibidas en la primera sesión, lo urgente es reservar un espacio y un tiempo ex profeso para escribir. Todo está dado: mi estudio, mi pluma favorita, una hoja en blanco lo único que me hace falta es una bebida para acompañar las ideas.

He decidido descorchar un vino, un tinto de Guanajuato, monovarietal, Marselan, para evocar la valentía de crear «nuevas cepas para nuevas letras». Una copa para maridar esta primera intención, ya saben lo que se dice: *In vino veritas*, es hora de escribir verdades.

Todo listo para enfrentar el reto, la copa de vino servida, *¡ay, pero qué triste eso de beber sola!* Bueno, se escribe para ser compañía de alguien más y si se hace bien el oficio, de muchos más, pero... ¿beber sola, para escribir tres párrafos? El vino es celebración, ha sido muy pretencioso de mi parte festejar lo que todavía no existe. ¿Desafío a mi maestra incluso antes de escribir? Ella dejó en claro que la humildad es cualidad esencial de un creador. Me tomaré la copa solo porque ya está servida, el corcho regresa a donde pertenece y la reservo en el refrigerador para la cena.

La bebida ideal para esta encomienda es el té, me serviré una taza, pero no cualquier té, uno de hoja entera, un Darjeeling del Himalaya, de perfume profundo. Seleccione la tetera, una de arcilla le

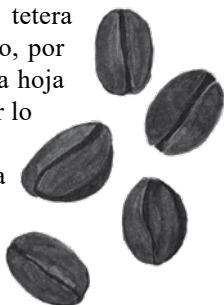
podría aportar un gusto terroso. ¿La de vidrio?, le quita solemnidad, merece la tetera de hierro, estamos ante el «champagne de los tés», imposible negarle un poco de ceremonia, la bandeja acanalada para bañar de agua caliente la tetera por fuera, el cuenco para servirlo es de porcelana y el color de la bebida después de tres minutos a 92°C exactos es un ámbar oscuro, ese rito para preparar el té hace que se recuerden tantos momentos felices compartidos entre



amigos. ¿Pero el té? El té es una pausa serena, es más silencio que palabras. Mi texto podría quedar falto de fuerza, demasiado suave o lánguido. Me tomo la taza y enjuago la tetera para regresarla a su lugar de siempre. En el proceso, por descuido, ha caído una gota de té en una orilla de la hoja que me sigue esperando, pero vamos avanzando, por lo menos la página ya no está en blanco.

Lo que realmente necesita mi texto es la fuerza provocadora del café, legendario motor intelectual, pero hay de cafés a cafés. Este en particular tiene que estar a la altura; es un café nacido de entre las nubes del bosque de la Sierra Norte de Puebla. Arábica orgánica, de tostado oscuro, ese es el ideal para lograr la tarea. ¿El método de extracción? Ni prensa francesa, ni *chemex*. Será la máquina de *espresso*. ¿El molido? Manual con muelas de cerámica. Sí, es más trabajo, pero el aroma que desprende el grano al ser triturado es el olor de la promesa de lo que estoy a punto de disfrutar. La taza de cristal de cuarenta mililitros, para no perder la oportunidad de observar el corazón del *espresso* justo antes de que se haga uno con el cuerpo y la crema. El aroma es indescriptible, lo observo con fascinación y justo antes de que el corazón del café deje de existir, lo extingo con un sorbo prolongado. El hecho se ha consumado, muy tarde me doy cuenta de que ese café decidió no acompañarme a escribir.

La hoja sigue en blanco, salvo la gota de té que delata que aun sin mi intención ella ya tiene una historia que contar. El café se ha terminado, el vino está resguardado en el refrigerador, la tetera en su lugar, la taza de cristal todavía tibia en el fregadero para ser lavada, ¿y la hoja?... Pálida, con tanto que contar. Sigo sin saber qué bebida me va a inspirar para encontrar eso que debo escribir.



He perdido toda la tarde y no hay ni una idea clara. Me ha dado sed, tomo del refrigerador esa botella de vidrio helada, un poco de burbujeante agua mineral hará subir las ideas a mi cabeza. La corcholata rebota en el suelo, bebo «a pico» tratando de encontrar aquello que ocupa mi pensamiento, mientras veo por la ventana un perro amarillo retozar sobre el pasto, y me pregunto: *¿Qué idea ocupará su mente?*



Plato

Liliv RL

A Emilia le encantaba cocinar, poner a hervir las verduras con una pizca de especias, saltear la carne y hornear el pan de mantequilla.

¿Cuánto hace que no nos besamos? Se preguntó ella al referirse a su relación con Julio. Se respondió a sí misma, casi dos semanas sin sentir de cerca su respiración, esa que cuando le llega por el cuello, le causa un escalofrío relámpago que le llega hasta la cintura. Su mente tambalea entre esas sensaciones y el recordar que hace dos semanas él se molestó porque ella no se levantó de la mesa a servirle su plato de comida.

Un plato de comida no servido, vaya pretexto para tirar a la basura diez años de bailes, chismes, caminatas y cenas compartidas. Recuerda las palabras de su padre: “Con ese carácter que te cargas nunca serás feliz con una pareja”. Pero también recuerda que Julio, hacía unos días que le agradecía por un desayuno delicioso y luego una tarde de baile juntos.

Tanto rollo por un plato de comida, ¿no era más fácil servirse lo ya? No, ella había tenido una semana pesada en la oficina, incluso se había quedado horas extra. Pero desde que vivían juntos, Emilia había asumido los roles de la casa, apenas si le daba tiempo y a pesar de ello llegaba a preparar las deliciosas cenas. Julio había dicho que le ayudaría. ¿Qué? ¿Ayudar? ¿Qué no vivían en la misma casa?

Ante esas preguntas, la pareja no había logrado ponerse de acuerdo y eran ya la causa de frecuentes discusiones hasta que, después de esas dos semanas sin besos, ya no hubo más comida que servir en el plato.



Ilustración por A.T.G.

31 de diciembre

Manuel Jorge Carreón Perea

Se trata de perder la sensibilidad. De acostumbrarse a ver sufrir a la gente y, sin querer hacerles daño —por supuesto—, terminar con su tranquilidad. Muchos dicen que es simplemente “cumplir con el trabajo”.

No soy un oficial nazi ni un torturador, soy algo más cercano al hombre común: un abogado en una de las veinticinco secretarías de Estado. No “el abogado” o el Director General de Asuntos Jurídicos, sino un empleado de bajo nivel, uno de los 12,000 abogados distribuidos en oficinas gubernamentales por todo el país.

La única diferencia entre nosotros, además del espacio en el que trabajamos, es el salario: en la Ciudad de México se gana más que en Puebla, Chiapas o Yucatán, pero menos que en Nuevo León. El trabajo es el mismo.

Me pidieron comunicar que “no se renovarían contratos” a treinta personas, docentes, de una universidad adscrita a la Secretaría. Es un eufemismo para decirles que están despedidos sin un solo peso de liquidación.

La lista con nombres, correos y teléfonos me la dieron ayer. La analicé mientras comía. Reconocí a dos personas: un señor de unos 75 años, siempre amable conmigo (y con todos), y una joven docente que llamaba la atención de varios compañeros. Los únicos rostros que pude asociar a un nombre: los más difíciles de tratar. Precisamente por eso los conozco. Al mal paso, darle prisa.

Después de checar mi tarjeta, me siento y marco los diez dígitos del investigador Roque Ruiz. El timbre suena dos o tres veces, tiempo suficiente para un sorbo de café. Por fin contesta.

—¿Bueno?

—¿Doctor Roque Ruiz?

—Sí, él habla. ¿Con quién tengo el gusto?

—Soy Apolo Joveyanos, del Jurídico. El motivo de mi llamada, además de saludarlo, es comunicarle que, por motivos presupuestales, la plaza que ocupa fue cancelada. Considerando que su nombramiento vence el 31 de diciembre, a partir del 1° de enero ya no existe relación laboral entre usted y la Universidad. Puede pasar a recoger sus cosas a

partir del 2 de enero, de 9:00 a 18:00. Para ello debe avisar a la Dirección de Seguridad Institucional. ¿Tiene alguna duda, doctor?

—¿Qué? No entiendo...

—Significa que su relación laboral se dio por terminada.

—¿Pero por qué? ¿Quién dio esa orden?

—No lo sé. Solo me pidieron que se lo comunicara.

—¿Quién? ¿Por qué? ¿Quién se lo pidió?

—Le reitero, no lo sé.

—¿Solo a mí? ¿Solo a mí me están corriendo?

—No lo sé, doctor. Puede revisar cualquier duda con Recursos Humanos el dos de enero.

—...

—¿Sigue ahí, profesor? Bueno, me despido. Pase un excelente año nuevo.

Cuelga. Tacho su nombre y anoto en observaciones: “S/O” (sin observaciones). Busco al siguiente. Luis Delgado. Marco. Lada 246, Tlaxcala.

—¿Quién habla? —responde una voz aguardientosa.

—Apolo Joveyanos, del Jurídico.

—Ajá, ¿y qué quieres?

—Soy Apolo Joveyanos, del Jurídico —repito para imponerme—.

El motivo de mi llamada, además de saludarlo, es comunicarle que por motivos presupuestales la plaza que ocupa fue cancelada y considerando que el 31 de diciembre...

—¿Me están corriendo?

—... vence su nombramiento...

—A ver, pendejo, cállate y contesta. ¿Me están corriendo?

—... cuatrimestral, a partir del...

—Vas y chingas a tu remilputa madre.

Cuelga. Levanto las cejas. Hago cuatro movimientos de cabeza, como confirmando algo. Anoto que no se le pudo comunicar el mensaje y que me insultó. Busco su nombre en internet: investiga “Ética y colonialismo”. Doy dos sorbos más al café y continúo.

Marco el siguiente número. Suena 15 o 20 veces. Nadie contesta ni manda a buzón. Veo el nombre: Yovana Santamaría. En observaciones anoto “No contestó” y la hora. Paso al siguiente: Ángel Jiménez. Lo ubico, es el de 75 años.

Contesta a los dos timbrazos.

—Diga.

—Profesor... —me detengo unos segundos. Me apena darle la noticia—. Soy Apolo Joveyanos, del Jurídico. Disculpe, pero me apena comunicarle por este medio que ya no se renovará su nombramiento. Su relación laboral concluye hoy por la noche. En verdad lamento ser quien le dé esta noticia. Son instrucciones superiores.

Me salí del guion. De verdad siento pena.

—¿Cómo se llama?

—Apolo Joveyanos, profesor. En serio...

—No diga nada, joven. No hace falta. Era algo que esperábamos. Cuídese.

—Feliz... —No terminé. Colgó antes.

Tacho su nombre. Siguiendo: Elodia Traversa. Suena varias veces.

—¿Eres el del Jurídico? —pregunta una voz masculina.

Dudo.

—Me presento, soy...

—La doctora no está. Búscala el dos de enero en la Universidad, cuando se presente a trabajar. Adiós.

Cuelgo. Ya se comunicaron entre ellos. Son astutos: si no reciben notificación, pueden alegar que nunca se les avisó y ganar el juicio laboral. Anoto las observaciones y sigo.

De 12:00 a 15:30 marco varios números. Nadie contesta. Anoto cada intento en la bitácora. Paso al plan B: copio el guion, lo pego en un correo. Le doy a enviar con confirmación de lectura. No lo mando desde mi cuenta ni desde Jurídico, sino desde una cuenta genérica de Recursos Humanos. Asunto: "Información importante para iniciar el año".



Voy al baño. Al regresar, hay quince notificaciones. Anoto. Un nombre se repite. Me imagino lo que piensan. Es horrible quedarse sin trabajo en estas fechas. Lo sé: en una Navidad despidieron a mi papá porque le cayó mal al supervisor —un tipo apodado “El Guayabo”— en la obra donde trabajó siete años. Esa Navidad no hubo sidra ni bacalao, sino cerveza y tortitas de sardina.

Reviso la lista. Aún faltan varios. Marco desde mi celular personal. Tres contestan. Me insultan. Me exigen hablar con el Director, como si esto fuera atención a clientes. Están bien desubicados.

Veo la hora: 16:25. El día voló. Salgo a las 17:00. Si quiero irme a tiempo, tengo que apurarme. Abro un grupo en Telegram. Agrego a los contactos. Envío el mensaje. Muchos salen de inmediato. Pero me marca “visto”. El dos de enero mandaré a certificar la captura de pantalla.

Solo me falta uno: Jacobo Lindmar López Vázquez. Lindmar es nombre, no apellido. Una chica con la que salí tenía un nombre que parecía un apellido extranjero. Recuerdo eso mientras apuro el café.

Son las 16:57. Cierro la computadora, guardo la libreta y una pluma Bic. A las 17:00 en punto checo mi salida. El aparato no reconoce mi huella. Lo intento un par de veces y por fin la acepta. Camino hacia el metro y me llega una notificación del correo de la oficina. Es de recursos humanos. No lo leo y apago el teléfono.

Pienso en el dos de enero. Quizás haya huelga. Tal vez cierren las instalaciones.

Ojalá. Así tengo un día más de descanso.



El ojo en el cielo

Simona Galdina



Ilustración por Elie

¿Será que Dios nos ve? ¿Será que nos alcanza a ver hasta de este lado? ¿Será que aún se preocupa, aunque andemos tan lejos? ¿Será que sea así o será que ya se ha olvidado de nosotros?

De por acá no llega más que la puritita cáscara del polvo ya masticado por las máquinas de fuego. Pero aquí andamos. De este lado, el alma de la gente ya no es alma; ya no hay gente, hay asesinos, hay asesinados. Pero aquí andamos. Allí donde uno anda, las casas dejaron de serlo para ser refugios; y las familias, resistencia. Pero aquí aún andamos. Donde yo ando, los sonidos olvidaron su melodía; se convirtieron en amenazas. Pero recuerda: aquí andamos. Aquí es donde la vida nos dio vida. Aquí, en la tierra que tanto nos pesa, que tanto nos mancha de rojo y no de negro. Aquí donde las sonrisas ya no llegan, donde los sueños se secaron y la esperanza se perdió. Aquí, aquí donde andamos.

Mamá no tardará en llegar; papá nunca regresó, quizá tampoco lo haga ella. Mi hermano también se fue; a mi hermana se la llevaron. Yo quiero irme de aquí, quiero ir allá donde la vida merece ser vivida, donde las risas suenan y la música vive. Allá donde las palabras aún significan, donde la ilusión y el amor se pueden encontrar. Allá donde ser niño valga algo, donde se intercambian miradas y no disparos. No quiero morir; quiero ir allá, allá donde no hay guerra... allá donde usted anda... allá donde Dios ve...

No se necesita doctorado

Sara Gabriela Laris Villamil

Tan pronto terminé la licenciatura, me enamoré. Fue un sentimiento tan genuino, tan intenso y que se dio de una forma muy natural en mí. Sentía cómo cada parte mía se entregaba con tal desinterés a él; solo quería que sus ojos me vieran de entre el mar de gente que nos rodeaba, que sus besos fueran los únicos que recorrieran mi cuerpo una y otra vez para sanar mis heridas, que sus brazos me acobijaran en esas noches donde no sabía encontrar consuelo en mi cabeza y mi presencia me desquiciaba al punto de agonía extrema. Pero un día acabó, y todo eso que amaba, que anhelaba, me destruyó.

Entré a la maestría y durante dos años me dediqué a estudiar como si mi vida dependiera de ello al punto que, si me detenía, sentía que moriría al instante. Cada libro y ensayo que pasó por mis manos, cada artículo y resumen, me hicieron cuestionarme una y otra vez: ¿qué significó mi amor para ti? Quería comprenderte. Aunque mis estudios y tu tanta falta de sentido no parecieran empatar, aunque me sintiera una loca navegando en medio de la nada, yo me entendía; entendía que dentro de las palabras había de haber una relación con las acciones, que dentro de este basto mundo la relación entre expresión lingüística, contexto, cultura e incluso tu tono... todo esto tendría sentido para dar una explicación de tu actuar. Así pasaron dos años, pero no me sentía lista para defender mi tesis; me sentía estúpida, porque a pesar de aprobar, seguía sin tener una respuesta a lo que pasó entre nosotros. Me sentía idiota.

Aunque me pesara el orgullo, aunque sintiera que no lo merecía por sentirme la persona más inepta, igual entré al doctorado. Otros cuantos años más leyendo, investigando y estando noches en vela, preguntándome por las palabras, por ti, por nosotros y por la investigación que presentaría al momento de titularme, cerrando otro capítulo de mi vida académica. Nuevamente veía mi texto forrado en cuero con letras en dorado, los escudos institucionales y el nombre del docente que había confiado en mí. Yo no podía ni confiar en el título y ahí estaba, defendiendo nuevamente algo que no estaba segura de si podía conocer, saber o comprobar. No era capaz de entenderte. Las

manos me sudaban, y rompería en llanto por cualquier cosa en cualquier momento. No sabía ni cómo iniciar, pero entonces la pregunta de un sinodal fue la que me quebró:

—Usted habla del significado y significante de Saussure en su introducción, ¿podría decirnos cómo es que dichos conceptos forman parte de su investigación acerca de— no fui capaz de escuchar el resto, salí de la sala de examen y corrí al baño a vomitar. Me limpié la boca y me enjuagué en el lavamanos; estaba haciendo esperar a muchas personas por mi corazón roto, por mi obsesión por saber qué pasó. Vi mis notas, arrugadas en mi bolsillo, y vi un nombre: Wittgenstein.

Entendí lo que significó para mí y de los mil y un significantes que comuniqué, no representaban nada para él, para ti. La cadena de sonidos o “imagen acústica”, así como los íconos, no llegaban a ser símbolo para ti. Todo lo que te decía no tenía significado para ti. No había comunidad lingüística entre ambos, y tu inacción igualmente representaba ese no entender. No jugábamos el mismo juego del lenguaje, porque no sabías las reglas ni tampoco conocías el juego; estaba jugando sola con piezas que para ti no tenían sentido y que nunca quisiste darles sentido.

Me miré al espejo, respiré lo más profundo que mi llanto me permitió y regresé a la sala. Terminamos el examen, la defensa de tesis y me titulé como doctora.

Aunque algo más había terminado por aprender: no se necesita un doctorado para entender que no querías entenderme.



Ilustración por Mar de Agujas

Pompas de jabón

Denzil Garteiz

Me fascinaba escuchar cuando decía la palabra “burbuja”. Era como si soplara pompas de jabón al aire. Inflaba sus cachetes, fruncía los labios y, sin saber pronunciar aún la erre, decía “budbuja”. Yo reía por dentro, pero no me atrevía a corregirla. Quería escucharla así por siempre.

Cuando su madre se le llevó de mi lado me quise morir, pero no había mucho que hacer. Yo tenía diecinueve años, no había terminado la prepa y no conseguía trabajo. Sus padres nunca dejaron que nos casáramos. Fueron ellos quienes arreglaron todo para dejarme sin esposa y sin hija. Pensé que nunca más volvería a ver a mi nena de tres años.

Todo ocurrió cuando aprendió a manejar. Yo era chofer y, para ganar unos pesitos de más, daba clases de manejo en la agencia Auto-School de México. Cuando leí su nombre y apellido en la solicitud del curso se me paró el corazón. No lo podía creer. Cuando confirmé su segundo apellido y la fecha de nacimiento en la hoja de registro, las gotas de sudor frío ya me escurrían por el cuello y la espalda. ¡Era ella, después de quince años, era ella! Quise arrancar la fotografía de la boleta para no dejar de verla nunca.

Durante una semana la tuve sentada a mi lado por ciento veinte minutos al día, conduciendo un auto-escuela en el cual ella debía seguir mis instrucciones y yo debía calificar sus acciones. Entre hombro y hombro nos separaban unos larguísima cincuenta centímetros. Estaba desesperado por conocerla, preguntar sobre su vida, sus gustos y sus temores, pero me tenía que morder la lengua.

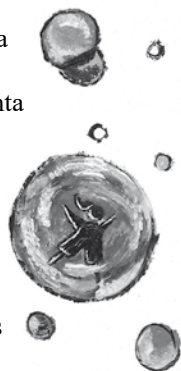
Fue el martes cuando me hizo la pregunta más peculiar. Estábamos parados en un semáforo.

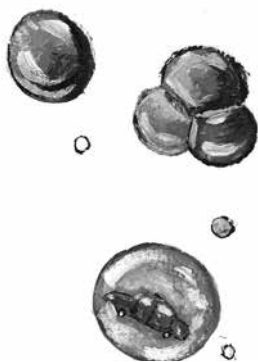
—Y a ti, Enrique, ¿qué es lo que más te gustaba hacer de niño?

Sin pensarlo mucho por la premura de la pregunta contesté:

—Ir al parque con mi padre a soplar burbujas de jabón.

Ella no parpadeó. No quitó la vista del parabrisas y no hizo más preguntas, pero por un segundo me pareció que apretaba con más fuerza el volante. La luz cambió a verde y seguimos manejando en silencio.





El viernes, faltando media hora para terminar el curso, decidí por primera vez en mi vida arriesgar el pellejo. Necesitaba unos minutos más con ella.

—Lo has hecho muy bien —le dije—. Ya podemos concluir las clases. En Auto-School tenemos la tradición de invitarle un café a los alumnos al final del curso. Hay un Starbucks junto a la agencia. ¿Te animas?

Ella pidió un latte-macchiato-venti o algo así, y yo un americano del día. “¡Qué caros son los cafés de este lugar!” pensé. Pero en esta ocasión lo valía todo. Había dado el primer paso.

Ahora solo tenía que dejar de hablarle sobre el reglamento de tránsito y los requisitos para sacar la licencia. Sin embargo, no me atrevía a decir nada más. Ella no sabía quién era yo y yo no podía cambiar eso.

No sé si fue el café o los nervios acumulados durante el día, pero tuve que disculparme un momento para ir al sanitario. No quería tardar mucho, entonces aproveché para echarme un poco de agua en la cara y mirarme al espejo para darme valor para regresar a decir lo que tenía que decir.

Desde que salí del baño vi la mesa vacía. Titubé un segundo y quise pensar que ella también habría ido al sanitario.

Encontré un billete de quinientos pesos sobre la mesa y a su lado, una nota escrita en la servilleta color café con logotipo verde: «Estimado Enrique, mi mamá llegó antes por mí y me tuve que ir. Te dejo esto de propina, muchas gracias por las clases, aprendí mucho».

La sal de las lágrimas me cegó la vista y tuve que secarme los ojos con la servilleta. Había algo más escrito en ella, pero el coraje no me dejaba verlo. Imaginé a esa mujer llevándose otra vez a mi hija de mi lado. La quise matar.

Entonces dudé entre lo que imaginé y lo que realmente pasó. Volví a desplegar la nota mojada que había apachurrado en mi puño cerrado y terminé de leer su mensaje: «Quisiera ahora aprender en coche de velocidades, por favor háblame para agendar. Te dejo mi número de celular...»

El suspiro se me entrecortó en la garganta. Doblé la servilleta como si fuera un tesoro y la guardé en mi bolsillo.

Pasé una semana con insomnio, inapetencia y temblor en las manos. Fue hasta el siguiente sábado que me decidí a marcar el teléfono.

—Hola... eh, soy Enrique, del curso de manejo. ¿Para saber si aún estás interesada en el curso de estándar?

Hubo un silencio... quizá solo unos segundos, pero un eterno silencio.

Y de pronto, pompas de jabón:

—Hola, papi. Qué bueno que llamaste. Me encantaría verte de nuevo.

Ya ves, me dije, todo cambió de lugar.



Ilustraciones por A.T.G.

Jugada Pendiente

Kevin Cotter Murillo

Habían pasado dos semanas desde la muerte de su padre, y Tomás seguía en el pueblo. Su madre había fallecido hacía ya varios años, y su hermano ni siquiera apareció para el funeral. Solo un correo breve: “No me pidas que vaya. No puedo.”

A él le tocó hacer todo: llamar al notario, vender los muebles, vaciar los armarios que aún olían a la loción que su papá siempre usó... Clasificó lo que merecía guardarse y dejó el resto para el camión de los desechos. En un sobre, encontró una foto de cuando eran niños, su hermano y él con las piezas de ajedrez de madera que su padre les había tallado.

Esa noche, después de acomodar cajas hasta que su espalda le recordó que tenía casi cincuenta años, salió a caminar sin rumbo. El pueblo estaba en calma, como si también él hubiera muerto un poco. En un callejón sin luz, vio la puerta entreabierta de una vieja taberna que creía cerrada desde hacía años. Adentro, el ambiente era cálido, tenue. Había un par de parroquianos dispersos en silencio, una lámpara que llenaba de luz amarilla la barra, y al fondo, una mujer sentada sola ante un tablero de ajedrez. No jugaba, solo lo observaba.

Pidió un whisky sin hielo. Luego otro. Cuando quiso marcharse, sintió que algo lo retenía. Miró hacia la mujer. Ella no dijo nada, pero sus ojos lo llamaban. Pálidos, casi incoloros. Su piel, blanca como los huesos, parecía que absorbía la luz del lugar. Había una quietud latente en ella, como si llevara siglos esperando.

No se atrevió a acercarse. Salió. Volvió al día siguiente.



No tenía porqué, pero lo hizo. Y allí estaba, en la misma mesa, con las piezas acomodadas para una partida. Esta vez, sin pensarlo demasiado, se sentó frente a ella.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó.

Ella asintió con lentitud.

—A usted.

Tomás rio, incómodo. Supuso que era una broma. Pero cuando ella extendió el brazo y movió un peón a E4, casi sin pensarlo le respondió con C5. Jugaron en silencio durante varios minutos. A cada movimiento, algo vibraba en el aire, como si el tiempo se ajustara ligeramente; como si un recuerdo se borrara o se desdibujara para dejar sitio a una versión nueva.

En la jugada doce, un recuerdo lo golpeó con fuerza. Su padre —quien nunca supo jugar ajedrez— enseñándole a su hermano a mover el caballo. Él, en cambio, estaba mirando desde la puerta. ¿Eso fue así? Siempre había creído que fue al revés.

—Cada jugada cambia algo— dijo la mujer, sin levantar la vista.

Tomás no respondió. Siguió jugando. En la jugada veinte, ya no recordaba si su madre murió de un infarto o si estuvo meses en cama. En la jugada veintisiete, se preguntó si alguna vez había amado de verdad a su esposa. Sintió un leve mareo. No era el whisky, esa copa la había dejado intacta. Era otra cosa. Un zumbido persistente, como si su memoria estuviera afinándose.

—¿Quién es usted? —preguntó de pronto.

La mujer sonrió apenas.

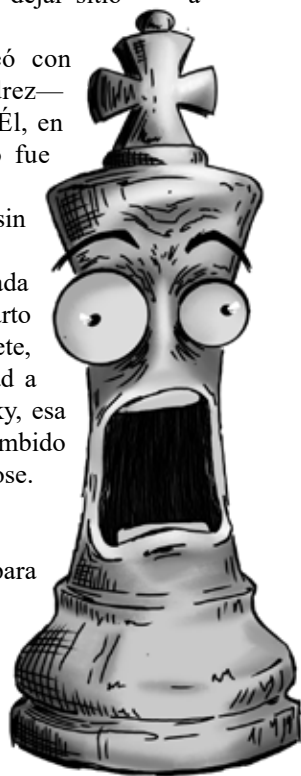
—Estoy aquí para recordarle lo que olvidó. O para que olvide lo que no debía recordar.

Él tragó saliva. El reloj de la pared se había detenido. Nadie más en la taberna parecía moverse. Como si el tiempo se hubiera quedado sentado a mirar la partida.

—¿Qué pasa si gano?

—Puede corregir un error. Solo uno.

—¿Y si pierdo?



—No habrá más errores. Ni recuerdos. Ni usted.

Tomás se quedó mirando el tablero. En su adolescencia había amado el ajedrez: su orden, su lógica. Lo dejó cuando la vida empezó a parecerse demasiado a una partida mal jugada. Su hermano lo había vencido siempre. A veces con trampas. A veces con talento.

La mujer jugaba con frialdad implacable. No atacaba: empujaba, obligaba, contenía. Su juego era como una marea: silenciosa e inevitable.

En la jugada treinta y seis, Tomás sacrificó un alfil. Inmediatamente, una sensación desapareció: la culpa por no haber estado con su madre en sus últimos días. Ya no recordaba la última conversación con ella. En su lugar, un silencio amable ocupaba el espacio.

En la jugada cuarenta y uno, su hermano ya no era un recuerdo hostil, sino una ausencia limpia. Como si nunca se hubieran peleado. Como si, simplemente, se hubieran dejado de ver. Pero Tomás sabía que algo no cuadraba. Que la limpieza venía con un precio.

—¿Por qué hace esto?

La mujer no respondió. Avanzó la torre con gesto definitivo. Tomás sintió una punzada en el pecho. No dolor físico. Más bien, una ausencia. Su hija. ¿Tenía una hija? Por un segundo, recordó un dibujo infantil pegado al refrigerador. Luego nada.

Miró el tablero. Quedaban pocas piezas. Pocas opciones. Era su turno. Pensó en su padre. En los años de distancia. En el silencio largo entre ambos. En la carta que encontró, sin abrir, en la caja del armario. Jugó. La mujer levantó la mirada por primera vez desde que empezaron.

—Pues bien, ha ganado.

Tomás no dijo nada. Le temblaban los dedos. No sabía qué había hecho exactamente, pero la posición estaba clara: jaque mate en tres. Irrefutable.

—Tiene derecho a una sola corrección. Una jugada que reescriba un momento. Elija bien.

La taberna parecía desvanecerse poco a poco, como un escenario apagado. La lámpara sobre la barra chisporroteó. Tomás cerró los ojos. No pensó en su madre. Ni en su hija. Pensó en su hermano, de pie frente al ataúd del padre, con los ojos húmedos, el orgullo hecho pedazos. Abrió los ojos; despertó al día siguiente en el sofá desvencijado de la sala. La luz del sol entraba por las ventanas abiertas, y sobre la mesa del comedor, una carta con un puñado de fotos viejas. Entre ellas, había una

en particular: él y su hermano, sentados frente a un tablero de ajedrez. Ambos estaban sonriendo. Su padre detrás, con la mano sobre sus hombros. Sonó el timbre. Abrió la puerta:

—¿Y esa cara? —dijo su hermano, cargando una bolsa de pan—.
¿No ibas a hacer café?

Tomás no respondió, solo lo abrazó.



Ilustraciones por Brenda Terán

Manzana: fruto polifacético y poderoso

Jorge Quevedo

El hombre, a lo largo de toda su historia ha tenido que recurrir a la simbología para comunicar, identificar y difundir ideas, creencias, valores éticos o religiosos; entidades, personas, empresas o movimientos sociopolíticos. Para ello ha recurrido al uso de un objeto, cosa o cualquier elemento que, por decisión o imposición, asocie y represente. Por ejemplo: un león es símbolo de poder; un búho, de sabiduría; un perro, de fidelidad; una cruz latina representa al cristianismo; la rosa es la flor del amor; una campana, la comunicación entre lo humano y lo divino; la esvástica de los nazis es símbolo de extrema derecha, identificado con el fascismo, el antisemitismo y el odio.

Dependiendo de la época y civilización, un solo objeto o cosa pueden tener significados o simbologías diferentes. Por ejemplo, la espada se asocia con la guerra y lo militar. Pero esta asociación abre dos caminos: “interpretar la espada como alusión a los resultados funestos y destructivos que conlleva la guerra o hacer de ella una imagen de la lucha del bien contra el mal” (*Gran diccionario de los símbolos*, ed. Libsa; 2023 pag. 110). Y bajo esta pauta se encuentra la manzana.

En la cotidianidad, casi todos sabemos que la manzana cumple con sus virtudes alimenticias y nutritivas, proveyéndonos de vitaminas, minerales y fibras naturales, lo que la conforma como un símbolo de salud por su forma, dulzor, color y sabor. Sin embargo, simbólicamente hablando, es usada para otros fines con buenas o malas intenciones e intereses, o simple identidad, como muestra la historia, las artes y la literatura en sus diferentes ámbitos, a través de los mitos, leyendas, cuentos, pinturas, religiones y tecnologías.

El planteamiento de este ensayo se deriva de la pregunta “¿Si la manzana es un motivo de diferente simbología en la vida humana, existirá un denominador común que ligue con los diversos significados? Veamos: En el antiguo testamento, en el génesis del mundo, Dios creó a Adán y a Eva y los puso en el Paraíso para que lo disfrutaran. Les instruyó para que comieran de todos los frutos, a excepción del fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal. Desobedeció Eva y...



“viendo que era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y realmente un árbol codiciable para alcanzar la sabiduría”

...lo compartió con Adán. Expulsados del Paraíso, Dios los castigó con la muerte, el dolor, la vergüenza y el trabajo. Estos hechos son conocidos como El Pecado original. La simbología de esta historia corresponde al *pecado y tentación* por comer una manzana.

Continúa este estigma en la mitología griega con la boda de Peleo y Tetis, donde fue utilizada una manzana de oro por la diosa de la discordia, Eris, quien, envidiosa y vengativa por no ser invitada, la arrojó a la fiesta con la inscripción “para la más hermosa”, a los pies de Hera, Atenea y Afrodita. Esto provocó la disputa de las tres diosas por lograr el galardón de la más bella de la fiesta. Este conflicto derivó en la guerra de Troya. Los *celos y la vanidad* aparecen en este mito, provocados por una manzana.

En un trato más positivo, la mitología griega cuenta que en el jardín de las hespéridas, propiedad de las hijas de Atlas, crece un árbol que da manzanas de oro. Al ser comidos estos frutos, los dioses ganan inmortalidad y eterna juventud. El árbol es custodiado por un dragón de cien cabezas. Aun así, Hércules logró robarlas por orden del Rey Euristeo. Esta hazaña fue uno de los doce trabajos que cumplió este personaje para lograr ser semidios.

En esta tónica; hay por un lado, un mito Nórdico con similar significado, en el cual los dioses al comerlas no envejecían. En este contexto, la manzana simboliza *la inmortalidad*. Y por otro, está el mito griego que nos cuenta sobre Atalanta y la manzana de oro. Ella, hábil cazadora y gran atleta, era muy reacia al matrimonio. Retaba a sus pretendientes a competir en carreras, con el premio de casarse si alguien le ganaba. Nadie podía vencerla, hasta que Hipómenes (ayudado por Afrodita) lo logró. Para ello distrajo a Atalanta, arrojándole en su ruta tres manzanas de oro. Ella, al intentar recogerlas, perdió tiempo y fue rebasada por su contrincante, quien ganó la carrera. Atalanta tuvo que cumplir su promesa de casarse. La *malicia y codicia* son representados por la manzana.





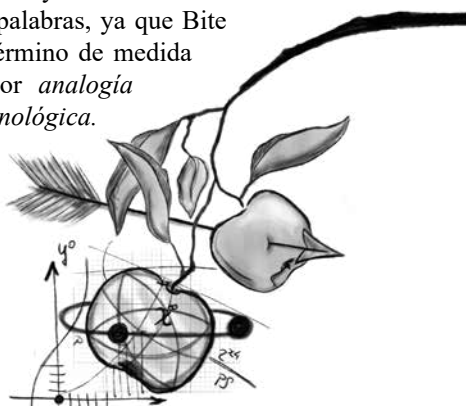
En el campo de la literatura tradicional, el cuento de Blancanieves y los siete enanos nos relata que por envidia, celos y vanidad la madrastra-bruja de la princesa Blancanieves le da una manzana envenenada para deshacerse de ella y así seguir siendo la más bella del reino. El señuelo es la rica manzana, que simboliza *la maldad*.

Pero, existen muchas otras historias donde la manzana es tema recurrente. Entre las más famosas figura la de Guillermo Tell, un cazador suizo que se ve obligado por el tiránico gobernador Gessler a disparar y atravesar con una flecha una manzana sobre la cabeza de su hijo, como castigo por no inclinarse ante su presencia. El hombre sacó dos flechas de su carcaj y logró ensartar la primera sin herir a su hijo. La segunda flecha iba destinada al gobernador, en caso de que la primera fallara. De ahí se provocó una rebelión contra la tiranía de los Habsburgo. Se convirtió Guillermo Tell en héroe nacional. El simbolismo aquí es la resistencia del pueblo contra la opresión del tirano.

Vamos al terreno de la Ciencia y Tecnología. Al estar Isaac Newton bajo un árbol de manzano, cae un fruto y le golpea la cabeza. Esa simpleza lo llevó a muchas reflexiones que dieron con el cálculo físico-matemático de la velocidad de la caída de los objetos, de lo cual resultó la Ley de la Gravitación Universal. Aquí el significado es la *epifanía científica*. En este tenor, pero aplicado como un símbolo identitario, la empresa Apple utiliza una estilizada y mordida manzana.

Esta decisión se prestó a un juego de palabras, ya que Bite (mordida) suena similar a Byte (un término de medida informática). Aquí es un símbolo por *analogía fonética, simple gusto o inspiración tecnológica*.

En el arte, es muy recurrente el uso de la manzana, ya sea en pintura, poesía, música y literatura. Pablo Neruda, en su Oda a la manzana, pugna por la unión de la humanidad en un goce común:



“A ti, manzana, / quiero / celebrarte / llenándome / con tu nombre / la boca, / comiéndote.

Siempre / eres nueva como nada / o nadie, / siempre / recién caída / del Paraíso: / plena y pura / mejilla arrebolada / de la aurora...”

En la pintura hay innumerables obras sobre el tema. Entre tantas, tenemos “Las naturalezas muertas” de Paul Cézanne, en la que refiere la finitud o brevedad de la vida. En 1964 llamó la atención el pintor surrealista René Magritte con su obra titulada “El hijo del hombre”, una analogía del “Pecado Original”. Pinta a un hombre de traje y bombín con cara de manzana. Martha Chapa, en su enorme producción pictórica sobre la manzana, explora diferentes emociones y conceptos como: sensualidad, patriotismo, salud; incluso explora a su propio padre.

En música, se reconoce que la compañía Apple Records se inspiró en la obra de René Magritte “El hijo del hombre”. Paul McCartney, por su parte, quedó impresionado con la imagen de la manzana y adoptó el nombre para la compañía, con la imagen de la manzana verde en la cara A de los discos.

Al inicio cuestioné sobre la existencia de un denominador común en la asignación de los diferentes significados de la manzana y solo encontré una gran diversidad de simbologías que inspiran emociones y sentimientos tales como: discordia, belleza, fertilidad, inmortalidad, amor prohibido, tentación; sensualidad, respeto y aprecio; al el paso del tiempo, codicia, eterna juventud; malicia, engaño, etcétera.

Es en la resistencia contra la opresión, así como en los esfuerzos en el arte y la ciencia que podemos deducir que debido a su forma, sabor y belleza, se ha convertido en un fruto polifacético y poderoso.

PALABREJA

Acocote.

(Del náhuatl acocotli, literalmente = ‘garganta de agua’, de atl ‘agua’ + cocotli ‘garganta’.) m. Calabaza (Lagenaria siceraria) destinada a extraer (chupando) el aguamiel del maguey. | a (o: pa’) acocote nuevo, tlachiquero viejo. ref. Es preferible un trabajador con experiencia. || a acocote viejo, tlachiquero nuevo. ref. Si el instrumento es viejo es preferible que lo use un trabajador joven. (Gómez de Silva, Guido, (2001) Diccionario breve de mexicanismos, FCE, México, p.10)

Acocote

Cecilia Durán Mena

La gente grande guarda muchas cosas. Quizás lo hacen por nostalgia, por conservar un recuerdo o porque se les olvidó tirarlo. Mi abuelo aún conserva el acocote de calabaza que usaba en el rancho. Sonríe y se le mueven todas las arrugas alrededor de la boca al traer a la memoria aquellos tiempos en los que salía de su casa todavía oscura la mañana, se echaba su acocote a la espalda, lo cargaba por todo el camino hasta llegar al lugar para extraer aguamiel sin dañar la planta de maguey.

Dice que desde chico aprendió a usar su acocote en las ferias del pulque. Una tlachiquera le enseñó cómo introducirlo al corazón de la pita para succionar el líquido sagrado —así le sigue diciendo mi abuelo al aguamiel—. Cuenta y le creo que se requiere gran destreza para aprender a usarlo. Sí, también paciencia. Muchas veces lo oí repetir el dicho popular ese que reza: a acocote viejo, tlachiquero nuevo. No le entendía entonces y creo que lo estoy empezando a comprender.

El viejo acocote de mi abuelo es muy sencillo, no tiene adornos ni garigoles. Es de los simples, de los que se usan para trabajar y no para adornar. Se lo compró a un artesano que le contó que tardó mucho en prepararlo antes de venderlo en el mercado. Tiene su chiste dejarlo listo. Lo veo y la verdad es que el acocote parece como una calabaza seca. Es un cilindro estirado que tiene la boca angosta y se va ensanchando mientras se alarga. El acocote de mi abuelo es natural, de calabaza de a deverás, no de los de plástico o de policarbonato que empezaron a vender en el mercado. Cuando le dije a mi abuelo que quería aprender a usarlo, puso cara de circunspectancia y se dio una palmada en la frente. No lo vi muy convencido, pero la que persevera alcanza y creo que voy por buen camino.

Le recordé que hasta hace unos pocos años, era común escuchar que las pulquerías estaban muriendo y que los acocotes estaban quedando en desuso. Desenterramos recuerdos, su madre era hija de una tlachiquera. No es muy conocido el papel de las mujeres en la producción del pulque, me dijo. Reconoció que el gremio de

las tlachiqueras era importante en la fabricación de pulque y en las mayordomías que organizaban las fiestas patronales. Las manos femeninas y la delicadeza para el uso del acocote eran famosas.

Hoy, que casi logro que mi abuelo me enseñe a usar el acocote, me imagino siendo parte de esa fiesta y ese ritual que significa que un maguey te permita entrar a su corazón para regalarte su aguamiel bendito. Sí, y así con acocote en mano, transformarme en alquimista y convertir ese líquido sagrado en esa bebida que inicia el baile, arranca risas y te hace feliz.

¡Qué bueno que mi abuelo no tiró su acocote!



¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Sara Gabriela Laris Villamil
laris@porescrito.org

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño
Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada

Burrito Antófilo
Ciruela Cervantes

Radio

Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio

Daniel Nawy Cid
Fausto Maximiliano Adame Pérez

Cuarto de Guerra

Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital

www.porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. **Pretextos Literarios Por Escrito** es una revista bimestral. Número sesenta y dos. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2026.**



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



Revista Por Escrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*“Lo triste o lo alegre de una historia
no depende de los hechos ocurridos,
sino de la actitud que tenga
el que los está registrando”.*

Instrucciones para vivir en México
Jorge Ibargüengoitia.



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir